EL PATO DE RECLAMO

Harry Turtledove



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La drómona videssiana comenzó a remar con sus cien patas hacia el fiordo de Lygra. Había algo allí que a Skatval el Enérgico le pareció mal, muy mal. Intrigado, el jefe haloga utilizó la palma de su mano, dura como si estuviera hecha de cuerno, para protegerse los ojos del sol de la mañana mientras oteaba el mar.

Decidió con reluctancia que no era la bandera imperial, un sol resplandeciente sobre fondo azul, la que ondeaba en lo alto del mástil de la drómona. Había visto antes aquel estandarte y se había enfrentado a quienes lo enarbolaban, demasiadas veces para su gusto.

Tampoco eran los soles gemelos que los videssianos dibujaban para ayudar al barco de guerra a seguir el camino correcto, aunque su propia gente le habría pintado unos ojos en su lugar. Los videssianos procedían del lejano sur y tenían una mayor confianza natural en el sol que los halogai. Por aquellos lugares, entre el hielo, la oscuridad y el hambre del invierno, el sol parecía en ocasiones un recuerdo distante y apagado. Skatval se preguntó, no por primera vez, por qué el imperio de Videssos, que ya poseía tantas cosas, aspiraba a engullir Halogaland y su miseria interminable.

Pero aquel pensamiento lo apartaba de la meta que se había puesto. Escudriñó más allá, en busca una vez más de algo extraño, algo pequeño y sutil...

-¡Por los dioses! -dijo en voz baja-. Son las mismas sombras. Los hombres del norte, que tenían que enfrentarse a los mares violentos y las tormentas salvajes de la bahía de Haloga, siempre construían sus barcas en el estilo de tingladillo, en el que cada plancha se solapa sobre la inferior y los ganchos atraviesan ambas para darle mayor resistencia. Las placas estaban colocadas una al lado de otra en la drómona, de manera que sus costados parecían indecorosamente sua, ves... «Como los propios videssianos», pensó Skatval con una media, sonrisa.

Los hombres que dirigía podían llenar media docena de galeras. La arrogante drómona ya había rebasado las calas donde se hallaban cuatro de ellas. Sólo tenía que encender el fuego de batalla -y siempre' había antorchas a mano- y aquel osado capitán no regresaría a su cálida patria. Skatval únicamente necesitaba dar la orden.

Pero no la dio. Por una parte, en la proa de la drómona habían color cado una lanza de cuya punta pendía un escudo pintado de blanco,' la señal videssiana de tregua. Por otra parte, la drómona no estaba sola. Si la hundía y mataba a sus tripulantes, un enjambre de barcos acudiría en busca de venganza. Stavrakios, el hombre que se sentaba en el trono del Imperio, era muy semejante a un haloga en eso.

La drómona se detuvo a un estadio del final del fiordo. Skatval observo a los marineros vestidos con taparrabos (sus labios se torcieron, en una sonrisa burlona cuando se imaginó cómo debían de viajar con aquel atuendo, a más de un mes del verano) mientras bajaban un bote a las aguas de color azul grisáceo. Cuatro hombres descendieron por una cuerda hasta el bote. La

torpeza con que manejaban los remos le indicó de inmediato que no eran marinos. Las comisuras de su boca' se doblaron hacia abajo. ¿Qué eran, entonces?

Cuando salieron de la sombra de la drómona, el sol hizo relucir sus calvas. Por unos momentos, Skatval se limitó a aceptar lo que veía. Luego lanzó en voz alta una larga y feroz sarta de maldiciones. Así que los videssianos enviaban otro rebaño de sacerdotes a Halogaland, ¿eh? ¿Acaso no se habían enterado de que al pueblo del norte le importaba un comino su dios? ¿O es que su Phaos les exigía a veces sacrificios de sangre?

Skatval masticó aquella nueva idea un rato, pues hacía al dios videssiano más semejante a aquellos que él veneraba. Pero, al final, la escupió. Había visto el culto de los imperiales y sólo ofrecían himnos a su decadente dios, no sangre.

Cuando partió el bote, la drómona viró casi en redondo (el trabajo de los remeros era digno de respeto) y se dirigió a la salida del fiordo. Skatval volvió a fruncir el entrecejo. Ni siquiera los apáticos videssianos tenían el hábito de abandonar a sus sacerdotes a su suerte.

En lugar de atracar en la playa, el bote se detuvo a un tiro de flecha de la orilla. Los sacerdotes, ataviados con túnicas azules, comenzaron a cantar. Uno de ellos se puso en pie, miró al sol y dibujó un círculo sobre su pecho izquierdo. Skatval sabía que aquél era un gesto de respeto. Los demás clérigos elevaron las manos al cielo. El cántico continuó. El que estaba de pie volvió a trazar en el aire el círculo solar, hizo un rápido pase, y otro, y otro más.

Un ancho puente de luz solar quedó repentinamente tendido desde el bote hasta la playa. Los sacerdotes cargaron con los bultos sobre los hombros y caminaron sobre él con tanta confianza como si anduviesen en tierra firme. Cuando lo hubo cruzado el último, el puente se desvaneció. El bote quedó flotando en el fiordo, solitario y olvidado.

«Así que son hechiceros», pensó Skatval. La magia, que probablemente había sobrecogido a los granjeros que hubieran presenciado la escena, también le impresionaba a él, pero sólo hasta cierto punto: la habría valorado más si hubiera transportado también el bote. No obstante, los halogai también alardeaban de tener magos, aunque su arte estaba más pegado a la tierra y solía ser más sangriento que aquellos juegos con la luz. Skatval se negaba a sentirse sobrecogido. No le cabía duda de que aquello era lo que pretendían los de las túnicas azules; de lo contrario, se habrían limitado a remar hasta la orilla.

-Dejémoslos que fanfarroneen -musitó-. Los ahogaré con sus propias baladronadas, por los dioses.

Llevó la mano a la empuñadura de la espada y echó a andar hacia la orilla. Se preguntó si debía matar a los de las túnicas azules en aquel mismo momento, o si el propósito de Stavrakios sería incitarlo a hacerlo ara dar así al Imperio la excusa de lanzar sobre ellos sus naves y sordos. Videssos jugaba a la diplomacia de manera más escurridiza que la mayoría de los países. Tal vez

fuese más sensato dejar que los sacerdotes cometieran alguna barbaridad, como seguramente harían, para justificar su muerte.

Los recién llegados lo vieron bajar a grandes zancadas el camino del caserón, y se volvieron hacia él como una sola persona. «Como una, realmente», pensó. Los sacerdotes videssianos eran como judías en su vaina. Antes de estar lo bastante cerca como para distinguir los rostros, ya estaba seguro de lo que iba a encontrar. Unos serían más viejos y otros más jóvenes, pero todos serían bajos, de complexión ligera y de tez morena a sus ojos.

Tres de los cuatro sacerdotes encajaban en el modelo que esperaba. Incluso sus edades eran difíciles de adivinar, a excepción de los mechones canosos de sus barbas sin recortar: al igual que sus túnicas, ¡denticas para todos, sus cráneos pelados y relucientes los hacían parecer idénticos.

Quizá porque preveía encontrar uniformidad, Skatval necesitó más tiempo del necesario para darse cuenta de que el cuarto hombre del bote rompía el molde. Aunque iba ataviado como sus compañeros y llevaba la cabeza afeitada, la barba que le poblaba las mejillas y la barbilla no era negra ni canosa, sino rizada y dorada, y le llegaba hasta la mitad del pecho. Tenía el rostro anguloso y la nariz corta, y los ojos no eran oscuros, inteligentes y de párpados caídos, sino bien abiertos, amistosos y del mismo color que las aguas del fiordo de Lygra.

El firme paso de Skatval se alteró. Se tiró de la barba, mejor cuidada que la del cuarto sacerdote, pero del mismo tono. Allí tenía algo imprevisto. ¿Cómo había conseguido Videssos convertir a un haloga en sacerdote de Phaos? Y ¿qué clase de arma era este sacerdote?

Todos los sacerdotes habían estado rezando desde que habían dejado Implacable y bajado al bote que los condujo a aquella tierra inhóspita. Pero Antilas, Nephon y Tzoumas guardaron silencio cuando vieron acercarse al bárbaro. Sabían que podía esperarles el martirio dentro de unos momentos, que su destino descansaba únicamente en las manos de Phaos, y que el buen dios haría con ellos lo que le complaciera.

Kveldulf sabía todo aquello tan bien como sus hermanos, pero aun así volvió a recitar el credo:

-Bendito seas, Phaos, señor de mente grande y buena, que vigilas para que la gran prueba de la vida se decida en nuestro favor. Tu piedad, como siempre, habla en favor tuyo, Kveldulf -dijo Tzoumas. Como todos los imperiales, el viejo sacerdote pronunciaba el nombre de Kveldulf como si fuese un apelativo propiamente videssiano: «Kveldoulphios». Se había acostumbrado a oírlo pronunciar así hasta el extremo de que era como si se hubiera llamado de tal modo desde su nacimiento. O casi.

No deseó contradecir a su superior y bajó la mirada con modestia. Había recitado el credo de Phaos, no tanto para suplicar sus favores al buen dios, como para reafirmarse a sí mismo, recordar lo que había decidido ser, en un mundo donde necesitaba tanta firmeza como un marinero náufrago necesitaba un tablón para sostenerse en un mar súbitamente revuelto.

Aunque hacía más de veinte años que no ponía el pie en Halogaland, todo le resonaba con una familiaridad que era todavía mayor por ser inesperada: la manera como la tierra ascendía bruscamente desde la mar; el lúgubre color gris de la roca pelada; el sabor fuerte y frío de la sal del aire; los oscuros mantos de agujas de los abetos y los pinos, que cubrían las lomas; los muros cubiertos de hierba del caserón del jefe y la forma como las paredes confluían para adaptarse al tejado, que no había sido construido como tal, sino que era una barca vuelta del revés que no servía para ningún otro uso. Había pasado su adolescencia en un caserón así.

Pero ya no era un muchacho. Llevado al Imperio como premio de guerra, se había convertido en hombre -y en sacerdote- en sus grandes ciudades, en la dorada Skopentzana y en la poderosa capital imperial, la propia Videssos. Ahora veía con los ojos de un hombre que conocía mejor un mundo distinto de lo que había dado por sentado de niño.

-Son muy pobres -susurró. Los campos estaban cubiertos de cebada y judías, pero eran lamentablemente estrechos. Y las cosechas, según los criterios videssianos, sólo podían ser reducidas. Bajo el sonriente sol sureño, algunas provincias agraciadas podían tener dos cosechas anuales. Aquí, en el norte, conseguir una no estaba garantizado ni mucho menos. Las vacas eran pequeñas y los cerdos, escuálidos; sólo las ovejas parecían tan gordas y lanudas como las recordaba. Aquí necesitaban buena lana que los resguardase del invierno.

Hasta el caserón era un reto para sus recuerdos y menos de lo que había esperado que fuese. Este jefe era más rico de lo que había soñado el padre de Kveldulf con ser; su casa era más grande y fuerte que aquella de la que había huido Kveldulf, corriendo desenfrenadamente v con la garganta seca por el humo mientras los imperiales le prendían fuego. Sin embargo, comparada con la veintena de casas, palacios y templos de Skopentzana, o con las veinte veintenas de Videssos capital, no era más que una barraca y, por cierto, sucia.

El jefe en persona seguía avanzando hacia los sacerdotes. Era un hombre corpulento y de hombros anchos, con el mismo pelo rubio, tez blanca y ojos claros que Kveldulf. El enorme broche de oro con que se sujetaba la capa también anunciaba su rango. Pero sus anchos pantalones de lana tenían las rodillas manchadas de suciedad, tal vez por agacharse en los campos, pero también probablemente por el suelo de tierra del caserón. Al recordar la casa de su padre en llamas, Kveldulf se fijó en los ojos enrojecidos del jefe y en el hollín injertado para siempre en las arrugas de su frente: los halogai conocían las chimeneas, pero en invierno optaban a menudo por no dejar que el calor se escapase por ellas.

El jefe se detuvo a unos diez pasos de los sacerdotes y se pasó todo un minuto escrutándolos.

-¿Por qué habéis venido aquí -dijo al cabo-, donde ya sabéis que no sois bienvenidos?

Su voz, lenta y profunda, y las sonoras y resonantes palabras que dijo, hicieron estremecerse a Kveldulf. Desde su adolescencia no había oído a nadie más que él mismo hablar la pura lengua haloga; se la había enseñado a sus compañeros, pero ellos utilizaban una entonación videssiana más cortante.

El sonido de la voz del jefe hizo que el corazón de Kveldulf ansiara responder, pero no era el lugar adecuado. Modestamente, fijó la mirada en el suelo mientras Tzoumas, el mayor y más santo de los cuatro, respondía en la lengua del norte:

-Hemos venido a hablaros del buen dios Phaos, señor de la mente grande y buena, a quien debéis adorar por la salvación de vuestras almas.

-¡Una cosa nueva! -exclamó el jefe elevando sus cejas, del color de la paja. De súbito, pasó a hablar en videssiano-: Muchos de entre nosotros conocemos vuestro idioma, pero pocos hombres del sur se han molestado en aprender el nuestro.

Detrás de Kveldulf, Nephon dio un suave codazo a Antilas. -Poca gente de Videssos perdería su tiempo aprendiendo esta jerga bárbara -le susurró. Antilas gruñó, asintiendo.

El jefe haloga no pudo oírlos, pero Kveldulf frunció el entrecejo, aunque Nephon no andaba lejos de la verdad; sólo una orden directa del patriarca había sido la causa de que tres de ellos aprendiesen la lengua del norte y las costumbres de los halogai. La mayoría de los videssianos suponían que cualquiera que no estuviera dispuesto a adoptar su estilo de vida no merecía salvarse.

-Me atrevería a afirmar que fue este pato de reclamo quien os la enseñó -prosiguió el jefe, todavía en videssiano. Su mirada se desvió hacia Kveldulf, y retornó a su lengua materna para preguntar-. ¿Quién eres, y cómo te encontraste entre los sureños?

-Con vuestro permiso, mi santo señor -murmuró Kveldulf a Tzoumas, que agachó la cabeza en señal de asentimiento. Sólo entonces Kveldulf se dirigió directamente al haloga-. Soy Kveldulf, un sacerdote de Phaos como cualquier otro.

-No como cualquier otro, por los dioses -replicó el jefe-. ¿Y Kveldulf que? ¿Eres un esclavo o una mujer, que no tiene apellido ni patronímico que colocar junto al suyo propio? -Señaló su propio pecho con un enorme puño-. Yo soy Skatval el Enérgico, o Skatval hijo de Raud.

-Mis respetos a vos y a los vuestros, Enérgico Skatval -dijo Kveldulf, saludando al jefe de la forma correcta-. Yo soy... Kveldulf. Con eso basta. Si lo preferís, soy un esclavo, pero un esclavo voluntario del buen dios, como todos sus sacerdotes. No tenemos ningún otro título, ni lo necesitamos.

-¿Tú... te has convertido en esclavo? -Skatval comenzó a sacar su espada de la vaina-. ¿Y tenéis el propósito de esclavizar al pueblo libre de Halogaland?

-Para el buen dios, sí.

Kveldulf sabía que la muerte andaba cerca. Entre ellos, los halogai, no tenían esclavos. En Videssos, sí lo había. Kveldulf habla sido un esclavo normal, hasta que su ferviente amor por el dios que había conocido en el Imperio persuadió a su amo, un hombre piadoso, a liberarlo para que sirviera a Phaos. Aguantó la feroz mirada de Skatval sin titubear.

-Matadme si debéis, señor. No huiré ni lucharé. Pero, mientras viva, seguiré predicando.

El jefe haloga levantó su brillante hoja. Entonces, de súbito, se detuvo, echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada que retumbó en las colinas.

-Predica cuanto quieras y donde quieras, curita. Ya veremos cuántos hombres del norte se encadenan voluntariamente y para siempre a nada, ni siquiera a un dios.

Kveldulf sintió que una oleada de cólera ascendía desde su garganta hasta lo más alto de su cabeza. Con su piel pálida, casi transparente, sabía que su ira tenía que ser perfectamente visible. No le importó. Sus manos se cerraron involuntariamente en puños torpes y carentes de práctica. Dio un paso hacia Skatval.

-¡Alto! -ordenó Tzoumas en tono tajante. Skatval seguía riéndose y arrojó la espada.

-Déjalo que venga, videssiano. Tal vez le meta a puñetazos un poco de sentido común en su calva cabeza, si no puede entrar de ninguna otra manera.

-¡Basta, santo señor! -ordenó otra vez Tzoumas a Kveldulf, y aguardó a que lo obedeciera antes de volverse hacia Skatval, a quien dijo-: Recoged vuestra arma, señor, pues en la batalla que va a celebrarse encontraréis bien armado a Kveldulf.

-¿Bien armado? ¿Con qué? -se mofó Skatval.

-Con palabras -respondió Tzoumas. Skatval dejó de sonreír. Kveldulf predicaba en un terreno de pastos, con un puñado de excrementos de vaca junto a sus sandalias. Por lo que Skatval sabía de los videssianos, simplemente aquello debería haber bastado para mantenerlos apartados. Pero Kveldulf no prestó más atención al hecho que ninguno de los arrendatarios. Y había más arrendatarios escuchando en el campo de lo que le habría gustado a Skatval.

El jefe los observaba desde el borde del bosque que habla junto a los pastos. Había llamado mujer a Kveldulf por tener un nombre sin aditamentos. Ahora, como si fuese en revancha por sus burlas, las mujeres acudían en masa para oír al haloga inexplicablemente convertido en sacerdote videssiano. Al pensar en ello, Skatval era justo. Por mucho que despreciase a Kveldulf, no podía negar que el túnica azul era un hombre atractivo, a excepción de su cabeza afeitada. E incluso eso, por repulsivo que pudiese parecer en los clérigos videssianos, podía interpretarse como una exótica novedad en alguien que era un perfecto hombre del norte en todos los demás aspectos. Por los suspiros de las mujeres, así lo entendían ellas, y eso sólo consiguió inquietar todavía más a Skatval.

Entre las mujeres estaba su propia hija Skjaldvor; vio su brillante pelo dorado en la segunda fila de la multitud que rodeaba a Kveldulf. Gruñó algo en el fondo de la garganta, disgustado. Si Skjaldvor se tomaba en serio las tonterías que decía el sureño, ¿cómo podía esperar librarse de Kveldulf cuando llegase el momento? Volvió a gruñir. Su hija debía haberse casado dos años atrás, tal vez tres o cuatro, pero le concedió su deseo -e incluso se sintió halagado por él- de quedarse en su casa. Ahora se preguntaba qué clase de precio tendría que pagar por aquella flaqueza.

Casi podía oír a sus severos dioses sedientos de sangre riéndose de él. Ellos sabían que siempre se paga por ser blando. Hizo una mueca. ¿Permitirían verse suplantados, simplemente para darle una lección que ya sabía de memoria? Tal vez. Los halogai que buscaban la venganza la perseguían por su propio placer, sin contar las monedas para comprobar si valía la pena.

La brisa de verano, tan suave que podía confundir a un hombre que no supiera que aquellos días maravillosos no durarían para siempre, sopló las palabras de Kveldulf hasta los oídos de Skatval. El sacerdote tenía una voz vibrante y melodiosa, una voz masculina, y no era un orador vulgar; conciliaba la franqueza septentrional con un estilo videssiano más refinado, como si sostuviera las ideas en las manos y las examinara desde todos los ángulos.

Hizo una pausa. Su público, que debería haber estado aprovechando al máximo el corto verano en vez de estar escuchando dulces memeces, aplaudió. Skatval vio que Skjaldvor unía las manos y que sus brillantes ojos miraban fijamente a Kveldulf, con la boca abierta y sonriente.

Empezó a preocuparse de verdad.

Tras varios días de predicación, Kveldulf también empezó a preocuparse seriamente. Los halogai, que habían sido su pueblo -todavía eran su pueblo, si la sangre contaba tanto como el lugar donde uno vivía, y seguro que así era-, acudían en masa a oírlo. Lo escuchaban con una atención mayor y más seria que la que le habrían concedido un grupo de videssianos; todo imperial se creía un teólogo y quería discutir todos los matices del significado de las sagradas escrituras de Phaos. Los halogai, en cambio, escuchaban con respeto y asentían sobriamente, pero no se convertían.

No les faltaban preguntas que hacerle; en realidad, tenían muchas. Pero aquellas preguntas no surgían de las sagradas escrituras; no suponían que los escritos eran verdaderos, sino que ponían en tela de juicio sus premisas. Para los halogai, todo lo referido a Phaos, incluso su existencia, estaba abierto al debate. Habían advertido a Kveldulf de ello antes de emprender el viaje hacia su tierra natal, pero sólo ahora descubría lo que habían querido decirle.

Así, por ejemplo, ningún videssiano le habría preguntado, como hizo un pastor con las botas de cuero manchadas con excrementos de oveja:

-Bien, ¿cómo sabes que ese Phaos es como dices que es?

-Unas cosas sirven para el bien en este mundo, y otras para el mal -respondió Kveldulf-. Phaos es el arquitecto de todo lo que es bueno, mientras que Skotos trabaja sin descanso por destruir todo cuanto Phaos hace.

Kveldulf escupió entre los pies en señal de rechazo al dios oscuro. El pastor también escupió.

-Eso es lo que tú dices. ¿Quién te lo ha dicho a ti?

-Así rezan las propias palabras sagradas del buen dios, escritas en los tiempos antiguos.

Kveldulf hizo una señal con la cabeza a Tzoumas, que sostenía una copia de las escrituras. Las palabras que contenía no tenían sentido para los halogai que las contemplaban; no sabían leer ni escribir en su propio idioma, y mucho menos en videssiano. Pero la tapa, de metal pulido hasta hacerlo brillar como el oro y decorado con piedras preciosas y un retrato al esmalte del severo y majestuoso semblante de Phaos, prometían que cuanto había escrito en el libro era digno de consideración. Como decía un proverbio videssiano: «Un manto se revela por adelantado en sus ribetes».

-¿Te ha dicho tu dios esas palabras a ti en persona? -insistió el tozudo pastor.

Kveldulf tuvo que menear negativamente la cabeza.

-Entonces ¿por qué crees en ellas? -continuó el pastor-. Cuando oigo el trueno, o veo el brote que sale de la semilla enterrada, o poseo a mi mujer, todo eso son cosas que conozco por mi mismo; no me avergüenzo de adorar a los dioses que las han hecho. ¿Pero un dios que habló hace mucho tiempo, si es que habló? ¡Bah! Y volvió a escupir.

Detrás de Kveldulf, uno de sus colegas videssianos -creyó que era Nephon- dijo en voz baja:

-¡Blasfemia!

El propio Kveldulf sintió fugazmente una oleada de calor por su cuerpo, un calor mayor del que podía engendrar el tenue sol de Halogaland. Además de despojarse de los cabellos, los sacerdotes videssianos renunciaban al contacto carnal como signo de devoción hacia el buen dios. Kveldulf ya había mantenido su celibato durante mucho tiempo y raras veces se sentía tentado. Pero los imperiales no hablaban de poseer a su pareja con tanta naturalidad como el pastor. Aquella simple palabra hizo sentir por un momento a Kveldulf aquello a lo que había renunciado.

-Si las palabras sagradas del buen dios no te inspiran -dijo-, piensa en las obras de sus seguidores. Dominan desde las fronteras de Makuran, en el lejano sudoeste, hasta las tierras que bordean el Mar Videssiano y el Mar de los Marinos, y se extienden a lo largo de las costas del Mar del Norte hasta las fronteras de tu país. Y todo ello bajo el gobierno de un solo hombre, el poderoso emperador Stavrakios, avtokrator de los videssianos, mientras que la pequeña Halogaland está dividida en incontables reinos. ¿No te habla esto de la fuerza de Phaos?

-Ese argumento no es fiel a las escrituras -dijo Nephon detrás de él-. Los bárbaros deben venir a la fe de Phaos por causa de la gloria del buen dios, no por la de sus seguidores.

-No los llames bárbaros -replicó Antilas en voz baja-. Él es uno de ellos, ¿recuerdas?

Nephon gruñó.

-La forma como los creyentes encuentren a Phaos importa poco -terció Tzoumas-; pero que lo encuentren sí importa, y mucho. Dejad que Kveldulf continúe si lo desea.

Aquella conversación se había sostenido en videssiano, de modo que los halogai a los que Kveldulf predicaba no se enteraron. Y ahora, por primera vez desde que había llegado a Halogaland, Kveldulf tuvo asistentes que le escuchaban con atención. Se preguntó por qué, puesto que Nephon tenía razón: un argumento basado en los resultados era más débil que uno fundamentado en la doctrina. Pero los hombres del norte respetaban la fuerza; tal vez no era perjudicial recordarles el poder de Videssos.

-¡Apartad el mal de vuestras vidas! -proclamó-. Aceptad a Phaos en vuestros corazones, en vuestros espíritus. Volveos hacia el bien que hay en cada uno de vosotros. ¿Quién me mostrará que está listo para rendirse al señor de la mente grande y buena, y rechazar el mal para siempre?

Había pedido lo mismo al final de cada sermón y como respuesta había recibido un silencio impenetrable o mofas. Los halogai estaban satisfechos oyéndolo, pues les proporcionaba algo inusual e interesante para pasar el rato. Pero oír era una cosa, y aceptar era otra muy distinta. A pesar de sus apasionadas exhortaciones, no había convencido a nadie hasta aquel día. Entonces, una mujer levantó la mano, y luego otra, y luego un hombre.

Kveldulf dibujó el signo del sol sobre su corazón. Al levantar la mirada a los cielos para dar gracias a Phaos por permitirle ser persuasivo, sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento. Por fin el buen dios le había dado una señal de que no había olvidado al pueblo del norte.

Skatval segó la garganta del caballo. Cuando el animal sacrificado se tambaleó, sostuvo el cuenco del laut bajo su cuello para recoger la sangre que manaba de la herida. El caballo cayó al suelo. Con el contenido del cuenco del laut llenó varios aspersores y manchó las paredes de madera del templo del color rojo brillante. También se embadurnó los carrillos y las manos, y lo mismo hicieron los miembros de su clan que se habían reunido para la ofrenda.

Mientras humedecía a hombres y mujeres con la sangre sagrada, su sacerdote, Grimke hijo de Grankel, declaró:

-Que la bondad fluya del dios como la sangre mana de la ofrenda. -Así sea -corroboró Skatval. Y otro tanto hicieron sus guerreros y sus mujeres, y todos los presentes.

Hizo todo lo posible por ocultar su inquietud mientras comenzaba a trocear el caballo, pero no era fácil. El sacrificio debería haber convocado a

todo el clan para recibir la bendición de los dioses y celebrar juntos un banquete con carne de caballo y cerveza. La mayoría de su gente había acudido, pero faltaban demasiados.

Entre los que faltaban estaba Skjaldvor. Skatval arrugó las cejas sobre su alargada y fina nariz. De todas las personas que podían estar escuchando las bobadas del sureño, había confiado en que su hija sería una de las últimas.

Lanzó una mirada a Ulvhild, su esposa. Tras vivir juntos en el caserón toda su vida como adultos, ella leía sus pensamientos como si los anunciara a voz en grito. Su mujer se encogió de hombros, lenta y deliberadamente, indicándole que no podía hacer nada respecto a Skjaldvor; su hija ya era una mujer. Él resopló. Nadie podía controlar a una muchacha cuando se convertía en mujer. Ulvhild oyó el bufido y lo miró enojada: también le había leído aquel pensamiento.

Skatval se volvió hacia la carne que se estaba asando. Los primeros pedazos estaban lo bastante hechos para poder comerlos. Alguien alargó una bandeja de madera de abedul. Clavó el cuchillo en la carne y la dejó en la bandeja. A su lado, Grimke empuñaba un cucharón y llenaba las jarras de cerveza.

-Que los dioses nos bendigan con su generosidad -entonaba. Un rato después, con el vientre lleno de carne y la cabeza girando ligeramente tras muchas jarras de cerveza, Skatval salió del templo. Fue uno de los últimos en marcharse: uno de sus deberes como jefe -y no el menor- era el de comer y beber más que sus inferiores. El rico sabor del tuétano caliente todavía le llenaba la boca.

Se dio una palmada en el vientre. La vida no era tan mala. Los campos producían tanto como siempre; ninguna alimaña diezmaba los rebaños, ni ninguna epidemia a las personas. No había saqueadores que los amenazaran. El invierno sería largo, pero siempre lo era. Si los dioses querían, casi todo el clan vería la siguiente primavera. Había vivido demasiados años en que la escasez y la muerte se mostraban con muchos meses de adelanto.

Entonces, su satisfacción lo abandonó como caldo en una olla resquebrajada. Al borde de un campo de heno caminaban Skialdvor y Kveldulf, no abrazados pero sí juntos, con las cabezas muy próximas.

El sacerdote le explicaba algo con gestos extravagantes que debía de haber aprendido de los videssianos; ningún hombre de Halogaland habría sido tan elocuente. Skjaldvor se reía, daba palmadas y asentía con entusiasmo. Fuera lo que fuese lo que había dicho, ella lo aprobaba.

«O, más probablemente, sólo aprueba a Kveldulf» , pensó Skatval con humor amargo. El jefe se preguntó si ella distinguía entre las doctrinas del túnica azul y él mismo. Él tenía sus dudas. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer nadie con una muchacha cuando se convertía en mujer?

Respondió a su pregunta al regresar al templo. No le gustó la conclusión a la que llegó, pero no encontró ninguna mejor.

-Dime, Kveldulf -dijo Skjaldvor-, ¿cómo llegaste a reverenciar al dios videssiano?

Ella dejó de caminar, inclinó la cabeza y aguardó su respuesta. La luz que se filtraba por las copas de los árboles era clara, pálida, casi descolorida, como los grisáceos troncos de los abedules que los rodeaban. El aire olía a musgo y rocío. Cuando Kveldulf hizo también una pausa, el silencio lo envolvió como una capa. A lo lejos, oyó el trino bajo y ronroneante de un herrerrillo. Aparte de eso, todo estaba en silencio. Podía oír su propia respiración y, al cabo de un momento, también la de Skjaldvor.

Ella lo miraba, y él también la examinó. Era alta para ser una mujer, pues su nuca estaba más alta que su propia barbilla. Sus cabellos, dorados y sueltos, le envolvían el rostro, un semblante de barbilla marcada y pómulos orgullosos que, junto con la indomable mirada de sus grandes ojos, hablaba como un libro abierto de la legendaria tozudez de los halogai. De hecho, se parecía enormemente a su padre, aunque en ella la rudeza era fresca y encantadora. Pero Kveldulf, que carecía de práctica con las familias o con las mujeres, no podía captarlo del todo.

Sí sabía que ella lo ponía nervioso, y que pasaba más tiempo con ella del que debía. Todo el clan de Skatval tenía almas que querían salvarse. Sin embargo, Kveldulf se dijo que ganarse a la hija del jefe para el buen dios fortalecería en gran medida a Phaos en aquel lugar. Y ella no podía haber elegido nada mejor que preguntarle.

Los años pasaron volando mientras él buscaba en su interior. Yo era todavía un niño, y mi barba aún no me había crecido, cuando fui vendido como esclavo: un botín de guerra de los videssianos. Aprendí la lengua del Imperio deprisa para agradar a mi amo. No era el peor de los hombres ni con mucho; me hacía trabajar duro, pero me alimentaba bien y no me pegaba más de lo que me merecía.

Los cabellos de su bigote le pincharon los labios al torcer éstos en una sonrisa maliciosa. Al recordar algunos azotes, se dio cuenta de que Zoilos había sido compasivo, aunque entonces no se lo pareció.

-¿Cómo pudiste vivir... como esclavo? -Skjaldvor se estremeció-. -Procedes de un pueblo libre. ¿No habrías preferido perder la vida antes que vivir encadenado?

-No llevaba cadenas -replicó Kveldulf.

-Eso puede ser peor -dijo ella en tono sarcástico-. ¿Permanecías como esclavo cuando podrías..., deberías haber huido?

Ella le dio la espalda. Su larga falda de lana revoloteó y le mostró por unos instantes sus esbeltos y blancos tobillos.

-¿Cómo podía huir? -preguntó, haciendo lo posible para teñir su voz de razonamiento y no de ira-. Skopentzana está lejos de Halogaland y yo sólo era un niño. Y no pasó mucho tiempo hasta que entendí mi captura como una bendición y no la calamidad que había pensado.

Skjaldvor lo miró de nuevo, con los brazos en jarras.

-¿Una bendición? ¿Es que no tienes juicio? Tener que obedecer los caprichos de otro... Yo habría preferido morir antes que soportar eso. -Eso es posible -dijo Kveldulf con sobriedad.

Era demasiado probable que una esclava tan adorable como Skjaldvor tuviera que someterse a los caprichos de otro hombre. Por suerte, Zoilos no había comprado a Kveldulf para eso. Meneó la cabeza para apartar de su mente el molesto pensamiento carnal y prosiguió:

-Pero tú me has preguntado cómo encontré a Phaos. De no haber sido esclavo de Zoilos, dudo que lo hubiera hecho. Él solía salir de casa muy temprano y un día le pregunté adónde iba. Me dijo que a rezar en el templo principal de Skopentzana, y me preguntó a su vez si me importaba ir con él.

-¿Y aceptaste?

-Acepté. -Kveldulf se rió de sí mismo cuando era un muchacho-. Parecía más sencillo que mis deberes matutinos habituales. Así que ordenó que me lavasen, me entregó una camisa menos desharrapada de lo normal y seguí sus pasos hacia el templo. Entramos. Yo no había olido nunca el incienso antes. Y cuando levanté la mirada hacia la bóveda...

Su voz se apagó. Un cuarto de siglo después, todavía podía revivir el temor reverencial que había sentido al contemplar la dorada bóveda y ver al severo Phaos mirándolo -le pareció que sólo a él, aunque el templo estaba abarrotado-, juzgándolo y sopesando su valía. Entonces el coro de sacerdotes situado detrás del altar elevó su múltiple voz para exaltar y alabar al señor de la mente grande y buena, y.. Kveldulf se acordó de hablar.

-No sé si seguía en la tierra o había ascendido a los cielos. Vi a aquellos hombres santos vestidos con túnicas azules, que vivían con el buen dios cada momento de cada día de cada año de sus vidas, y supe que tenía que ser uno de ellos. A la mañana siguiente, yo le pregunté a Zoilos si podía acompañarlo, no él a mí, y también la otra mañana, y la otra. Al principio, cuando sólo faltaba a mis obligaciones, él esperaba que yo fuera piadoso; pero, cuando realmente sentí la piedad, me acusó de faltar a mis obligaciones. Pero yo insistí; estaba embriagado del buen dios. En cuanto encontré a Phaos, ya no deseé nada más. Bueno, nada no; deseé otra cosa más.

-¿Qué.

Skjaldvor se inclinó hacia él. Las cadenas de plata que enlazaban las dos grandes copas que le cubrían los pechos tintinearon suavemente (la forma de las copas recordó a Kveldulf dos caparazones de tortuga). De súbito se dio cuenta de lo cerca que estaba ella.

De todas formas, respondió como había pensado hacerlo:

-Deseé que el buen dios me otorgase la gracia de sacar a mi pueblo de las tinieblas de Skotos y llevarlo a la luz de Phaos. Pues quienes mueren sin conocer al señor de la mente grande y buena están condenados a pasar toda la eternidad en los helados pozos de Skotos, un destino que no deseo a ningún hombre o mujer, videssiano o haloga, esclavo o libre.

-Oh... -Skjaldvor se irguió. Mientras que su voz había sonado grave y anhelante hasta entonces, ahora carecía de entonación. Lo escrutó de nuevo, como si se preguntara si debía insistir. Por fin, dijo-: Creía que tal vez deseabas poder disfrutar de los mismos placeres que otros hombres.

Kveldulf sintió que se excitaba y era consciente de que su blanca piel sólo hacía más evidente su azoramiento. Observó si Skjaldvor también se ruborizaba. Aunque era de tez aún más clara que él, no lo hizo. Ella se sabía libre para decir y hacer cuanto quisiera. Al responder, tartamudeó ligeramente:

-No puedo, sin romper mis votos, y eso no lo haré nunca. Tanto más tonto eres, y mayor es el desperdicio, porque no eres un hombre vulgar -replicó ella-. Los otros túnicas azules no son tan estúpidos.

-¿Qué quieres decir?

-¿No lo sabes? ¿Es posible que no lo sepas, sin ser sordo ni ciego? Tus compañeros no pasan en absoluto sus noches solos en sus tiendas.

-¿Es verdad eso? -dijo Kveldulf, pero la maliciosa satisfacción de la muchacha le demostró que lo era. Sintió pena, pero no sorpresa. Inclinó la cabeza y dibujó el círculo solar sobre su corazón-. Todos los hombres pueden pecar. Rezaré por ellos.

-¿Es eso todo? -exclamó ella, mirándolo con indignación.

-¿Qué otra cosa quieres que haga? -le preguntó él con curiosidad sincera.

-Si no fuera por tu barba, pensaría que los sureños te convirtieron en un eunuco cuando te vistieron con la túnica azul. -Skjaldvor inspiró hondo y dejó escapar el aire en un silbido-. ¿Qué más quiero que hagas? Pues, para empezar, esto.

Se abrazó a él con la expresión de un guerrero que se abalanzara sobre su enemigo a pesar de su espada y su escudo.

Kveldulf sintió la presión de las copas doradas de sus pechos sobre su túnica, y luego la firmeza más suave y arrebatadora que era ella misma. Seguía teniendo los brazos caídos en los costados, pero ello apenas importaba, puesto que ella lo tenía abrazado. Por el sudor que le perlaba la frente y la calva, el frío bosque parecía haberse convertido en un pantano tropical. Entonces ella lo besó. Ni siquiera un hombre de piedra, una estatua como las de la plaza mayor de Skopentzana, habría permanecido imperturbable.

Ella se apartó y no le miró el enrojecido rostro sino la entrepierna para comprobar el efecto que había producido en él. El efecto era perfectamente visible, lo que sólo lo hizo sonrojarse más. Pero, cuando ella fue a abrirle la túnica, él le apartó la mano de un palmetazo.

-¡No, por el buen dios! -dijo con aspereza. Esta vez ella también enrojeció, pero de ira.

-¿Por qué no? Los videssianos no se privan de estas cosas. ¿Por qué tienes que hacerlo tú, si no eres de su raza ni naciste dentro de su fe?

-El hecho de que ellos pequen no es motivo para que yo también lo haga. Si asesinaran en lugar de fornicar, ¿me pedirías que yo también lo hiciese?

-¿Cómo puede ser malo algo que da tanto gozo? -replicó Skjaldvor, agitando sus brillantes cabellos en un gesto de desprecio ante aquella idea.

-Está prohibido a los sacerdotes de Phaos y, por tanto, es malo para ellos -declaró Kveldulf-. Y, aunque no nací en la fe de Phaos, soy un hijo adoptado por un buen padre. Fuera lo que fuese por nacimiento, es en la casa de Phaos donde quiero vivir para siempre.

Todo lo que había dicho era cierto, aunque sabía que no era toda la verdad. Como hijo adoptivo en la casa de Phaos, estaba sometido a un escrutinio más riguroso que los videssianos que entraban por derecho de nacimiento; a ellos se les podían perdonar pecados que a él lo condenarían, siendo un extraño que presumía de imitarlos. Otro hombre habría estado resentido y habría luchado contra aquella doble moral. Pero a Kveldulf lo espoleaba. Si de él se requería devoción extra, devoción extra les daría.

-¿No cambiarás de idea? -le preguntó Skjaldvor. -No -respondió Kveldulf con firmeza.

Desde que había recibido la túnica azul, no había sentido una tentación como aquélla; sabía que el recuerdo del cuerpo de la muchacha apretado contra el suyo permanecería en él hasta su último aliento. Todavía ansiaba poseerla. Pero a los sacerdotes se les había enseñado a dominar sus instintos. Repitió el credo de Phaos una y otra vez para sus adentros, concentrándose en el buen dios y no en su deseo carnal, hasta que por fin la lujuria comenzó a ceder.

Skjaldvor se aproximó a él otra vez. En esta ocasión, él pensó que resistiría su abrazo. Pero ella no lo abrazó. Con la rapidez de una serpiente, le abofeteó la mejilla izquierda, y a continuación, con el dorso de la mano, la derecha. Kveldulf saboreó el inesperado dolor, que cauterizó los restos de su deseo.

-Que el señor de la mente grande y buena te guarde en su corazón hasta que tú le permitas entrar en el tuyo -dijo-. Rezaré para que ese día llegue pronto, pues parecías más dispuesta que la mayoría de tus compatriotas a aceptar la fe.

Ella lanzó una carcajada, que resonó en un tono desagradable a pesar de la dulzura de su voz. Luego, le escupió en pleno rostro.

-Esto es para Phaos y su fe -dijo, y volvió a escupirle-. ¡Y esto es para ti!

La muchacha dio media vuelta y se fue enfurecida.

Kveldulf la vio marcharse, mientras su caliente saliva le resbalaba por la barba. De manera deliberada, inclinó la cabeza y escupió entre sus pies, en el antiquísimo gesto videssiano de rechazo a Skotos. Recitó el credo de Phaos una vez más. Cuando acabó, regresó lentamente a las tiendas de la costa.

Skatval contempló el pequeño gentío de granjeros y pastores que elevaban los brazos hacia los cielos. El rumor de sus plegarias a Phaos le llegaba débilmente. A excepción del nombre del dios videssiano, las recitaban en la lengua haloga. Skatval había oído peores poemas de bardos que vivían viajando de una población a otra cantando sus canciones. «Obra de Kveldulf,

sin duda», pensó; el sacerdote de la barba rubia estaba demostrando que era un hombre más capacitado de lo que él había creído.

En el cónclave de conversos faltaba Skjaldvor. Por ello, Skatval dio gracias a sus dioses. No le había preguntado qué había ocurrido entre ella y Kveldulf, pero, así como antes acudía a sus cultos y lo miraba con ojos de cordero, ahora su rostro se endurecía en una expresión de resentimiento en cuanto lo veía, y oír su nombre la hacía maldecir. No estaba en peligro de convertirse en seguidora de Phaos; ya no.

Sin embargo, los sacerdotes del Imperio habían ganado para su fe a más gente de la que Skatval esperaba (a decir verdad, había supuesto que su pueblo despreciaría a Kveldulf y al resto; de lo contrario, los habría matado en cuanto pusieron el pie en su tierra). Eso lo preocupó. Si había seguidores de la fe de Videssos en su país, ello significaba que habría sacerdotes videssianos en adelante, y eso a su vez implicaba... Skatval gruñó, sin decir palabra, y echó a andar hacia la reunión. Iba a mostrar a la gente lo que eso significaba.

Kveldulf le hizo una cortés reverencia al acercarse.

-Que el buen dios te conceda la paz, Skatval el Enérgico. ¿Cabe que espere que te unas a nosotros?

-No -repuso entre dientes-. Quiero hacerte un par de preguntas.

-Pregunta lo que quieras -respondió Kveldulf, haciendo otra reverencia-. El conocimiento es un camino hacia la fe.

-El conocimiento es un camino que aleja del engaño al que sometéis a mi pueblo -replicó Skatval-. Supongamos que varios de nosotros aceptamos vuestra fe y luego discutimos cómo hay que seguirla. ¿Quién decide quiénes tienen la razón de entre nosotros?

-Los sacerdotes son educados en la religión de Phaos desde su niñez -dijo Kveldulf-. ¿Pueden unos conversos esperar igualarlos en conocimiento?

Skatval hizo una mueca. El sacerdote haloga -no, el videssiano rubio; ésa era la mejor manera de considerarlo- no iba a ponerle las cosas fáciles. Pero el jefe insistió:

-Supongamos que hay discrepancias entre los túnicas azules, pues es posible que suceda, siendo hombres. ¿Quién dice entonces quién recorre el sendero correcto?

-Los prelados que están por encima de ellos -contestó Kveldulf, ahora con cautela. Skatval ya lo había puesto a prueba antes, pero en privado, no delante de la gente.

-¿Y qué pasa con el sacerdote al que se contradice? -inquirió el jefe-. Si no se somete, ¿se convierte en un proscrito?

-En un hereje. Así llamamos a quien elige su propia doctrina falsa en lugar de la ordenada por sus superiores. -Kveldulf meditó la pregunta y añadió-: Pero no, no queda fuera de la ley (excomulgado, es la palabra utilizada en los templos), puesto que tiene el derecho de apelar al patriarca, el sacerdote principal y más santo de todos, y cabeza de toda la fe.

-¡Ah, el patriarca! -exclamó Skatval, como si supiera de la existencia del prelado supremo por primera vez-. ¿Y dónde vive ese príncipe de la piedad?

-En Videssos capital, en el Gran Templo -respondió Kveldulf. -¿En Videssos capital? Querrás decir «bajo el dominio del avtokrator». -Skatval enseñó los dientes, en un gesto más parecido al gruñido de un lince que a una sonrisa-. Así que nuestras discrepancias las someteríais al juicio de Stavrakios, ¿es eso lo que dices? -Se volvió a los conversos y los laceró con palabras dolorosas-: Os considero hombres libres, no esclavos de Videssos a través del dios del Imperio. Vuestro santo varón Kveldulf no es más que el principio de nuestros males, os lo advierto.

-Es el patriarca quien gobierna la iglesia, no el avtokrator -insistió Kveldulf. A sus espaldas, sus colegas videssianos asintieron con energía. Skatval no les prestó atención; sin Kveldulf, no eran nadie allí. Y, si vuestro querido patriarca muere, ¿qué sucede? -preguntó. -Los prelados se reúnen en un cónclave para elegir a su sucesor -respondió Kveldulf.

Skatval no pudo menos que admirarlo; sin mentir, había manipulado la verdad para que sirviera a sus propósitos. Para muchos halogai, incluso para sus jefes, aquellas palabras habrían logrado lo que pretendían. Pero Skatval, que desconfiaba del Imperio más que la mayoría, también había aprendido más cosas.

-Por la fe que tienes en tu dios, Kveldulf, ¿quién nombra a los tres hombres entre los que los prelados eligen al patriarca?

Por un fugaz momento, vio odio en aquellos ojos azules tan semejantes a los suyos. Sólo por un momento... y, cuando desapareció, lo hizo por completo. Skatval también vio que los sacerdotes videssianos querían claramente que Kveldulf mintiera. Pero, cuando respondió por fin, su voz sonó firme, aunque baja:

-Es el avtokrator quien nombra a los candidatos.

-¿Lo veis? -Skatval se volvió hacia los conversos que le habían oído discutir con Kveldulf-. ¿Lo veis? Sí, seguid a Phaos, si queréis que el avtokrator os diga cómo tenéis que hacerlo. Videssos no tiene fuerza para vencernos por la espada, y por ello pretende estrangularnos con la telaraña tejida por su dios. Y vosotros... ¡estáis ayudando al Imperio!

Esperaba que, al forzar a Kveldulf a admitir que la fe de Phaos estaba dominada por el emperador, su pueblo daría la espalda al dios videssiano. Y, en efecto, un par de hombres y mujeres abandonaron la reunión, meneando la cabeza por su ingenuidad. Para los halogai, la autocracia de Videssos les parecía un gran país cargado de cadenas.

Pero más gente de la que esperaba se quedó para oír la respuesta de Kveldulf. El sacerdote, demasiado astuto para el gusto de Skatval, también se dio cuenta y se sintió más fuerte.

-No importa de dónde procede la fe, amigos: su verdad permanece -dijo con atrevimiento-. Ya habéis conocido la verdad en las sagradas escrituras de Phaos, la habéis oído en mis pobres palabras y la habéis aceptado libremente.

Aparte del coste que pagarán vuestras almas en la vida futura, si os alejáis de él siguiendo los apremios de vuestro jefe será un acto tan servil como su supuesta afirmación de que estáis sirviendo al emperador al aceptar al buen dios.

Skatval apretó los dientes al ver que varios hombres asentían. La gente dejó de abandonar el lugar donde el haloga estaba celebrando su culto. Kveldulf no se jactó del triunfo que debía de sentir. Un videssiano lo habría hecho, y habría perdido a la gente cuyo respeto había recuperado. Kveldulf se limitó a proseguir el culto como si no hubiera ocurrido nada; en el fondo seguía siendo un halago, y sabía que un gesto sereno era el golpe de gracia.

Skatval se alejó enfurecido. Continuar la discusión le habría hecho perder prestigio. Se adentró en el bosque y estuvo a punto de arrollar a Grimke hijo de Grankel.

-¿Tú también vienes a apostar por Phaos? -gruñó.

-Un hombre puede vigilar a su enemigo sin querer unirse a él -contestó el sirviente de los dioses de los halogai.

-Al menos comprendes que es un enemigo; más que esos mentecatos de allá abajo -dijo Skatval-. Un enemigo mortalmente peligroso. -Entornando los ojos, volvió de nuevo la mirada hacia Kveldulf, que dirigía a sus conversos en el canto de otro himno traducido-. Por lo tanto, ¿no se merece él correr también un peligro mortal?

Grimke lanzó una mirada a la espada que llevaba en el cinto. -Pudiste habérselo causado.

-Quería hacerlo, pero temí que ello empujarla a sus seguidores para siempre por su mismo camino. Pero, si tú matas a los sureños y a su estandarte, Kveldulf, mediante la magia, todos verán que nuestros dioses son más fuertes que aquel al que él sirve.

Grimke hijo de Grankel lo miró fijamente, y luego esbozó una sonrisa.

-Eso puede hacerse, jefe.

-Entonces, hazlo. Ya he tolerado demasiado al traidor entre nosotros. Demasiado para que su traición extienda sus raíces. Ahora, como te digo, matar simplemente a Kveldulf y a sus secuaces videssianos causaría más problemas que otra cosa. Pero tú no los matarás simplemente, ¿verdad?

-No, no simplemente. -El rostro de Grimke reflejó su satisfacción ante lo que sucedería y sus cálculos sobre la manera de hacerlo-. Mmmm... Será mejor esperar a medianoche, cuando el poder de su dios es más débil...

-Como consideres más oportuno. Los asuntos mágicos son cosa tuya -interrumpió Skatval a su hechicero-. ¿Dices que incluso tú reconoces a Phaos como un verdadero dios?

-Esto va por Phaos -replicó Grimke, y escupió entre los pies, como un videssiano habría hecho para rechazar a Skotos-. Pero cualquier dios es verdadero para quien sinceramente cree en él, y la fe puede proteger de la magia. Cuando puedo elegir entre los hechizos, escojo el más sencillo siempre que puedo. Así pues, la medianoche es el mejor momento.

-Sea como prefieras -dijo Skatval-. Pero que sea esta noche. Incluso a medianoche, el cielo no estaba totalmente oscuro. Un color rojo apagado teñía el cielo septentrional, marcando el rastro del sol no muy por debajo de la tierra. Al ver aquel resplandor, Skatval pensó en la sangre. Sólo algunas de las estrellas más brillantes lograban atravesar el interminable anochecer del verano.

Crepitaba una pequeña hoguera. El hijo de Grimke Grankel la alimentaba poco a poco con fragmentos de madera y otras sustancias no tan fáciles de identificar. La tenue brisa arrojó el humo a la cara de Skatval, quien tosió casi hasta ahogarse; no tenía el sabor de verdaderas llamas. Estuvo a punto de ordenar a Grimke que lo apagara y se olvidara de sus embrujos.

Grimke puso un cuenco de laut en el fuego, y éste lo lamió hasta que los dioses y las bestias salvajes labrados en relieve en su parte exterior parecieron agitarse con vida propia. Skatval se frotó los ojos. Conocía otros efectos del calor, pero ninguno como aquél. El cuenco contenía una jalea espesa. Cuando empezó a borbotear y bullir, Grimke asintió con satisfacción.

Colocó sobre el cuenco dos copas semejantes, una llena de sangre (en parte suya, y en parte de Skatval), y en la otra cerveza amarga. Lentamente, muy lentamente, vertió ambos líquidos en el cuenco de laut.

-Expulsad a los intrusos de nuestra tierra, arrojadlos al miedo, arrojadlos a la muerte -entonó-. Así como arde nuestra sangre, encontrad para ellos destinos más amargos que esta cerveza. Que conozcan el dolor, que conozcan la vergüenza, que olviden a su dios y sólo obtengan la tumba.

El cántico continuaba, repleto de asonancias y aliteraciones. Skatval sintió que se le erizaba el pelo de los brazos y de la nuca. Aunque la magia no iba dirigida contra él, sintió su fuerza; la sintió, y lo embargó el miedo. Los dioses de los halogai eran hoscos y fríos como la tierra que gobernaban. Mientras Grimke los exhortaba a emplear su poder, Skatval se preguntó por unos momentos si Phaos no sería un señor mejor y más seguro para su pueblo. Reprimió aquella idea, con la esperanza de que sus dioses no la hubiesen escuchado.

Ya era tarde para echarse atrás. Grimke elevó la voz, hasta casi gritar. Y otros gritos, más lejos, se alzaron en respuesta desde las tiendas donde dormían los sacerdotes. Al escuchar su horror, Skatval volvió a preguntarse si debía elegir a Phaos. Meneó la cabeza. Phaos podía ser un buen señor para su pueblo, pero el avtokrator Stavrakios no lo sería, y no podía tener a uno sin el otro.

El hijo de Grimke Grankel dejó las copas de plata en el suelo. Las llamas le empaparon el rostro de sudor, y se le marcaron unas profundas arrugas desde la nariz a las comisuras de la boca.

-Lo que la magia pueda desencadenar, que se desencadene -dijo con voz lenta y ronca por el cansancio.

Kveldulf se despertó a causa de unas pesadillas pavorosas. El sol, que brillaba a través de un lado de su tienda, lo hizo suspirar de alivio, como si no

tuviera derecho a verlo. Meneó la cabeza y se sintió ridículo. Los sueños sólo eran sueños, no importaba lo aterradores que resultaran: cuando el sol salía, se desvanecían. Pero aquéllos se negaban a desaparecer.

Había dormido con la túnica puesta. Se la volvió a sujetar con el cinturón y salió a ofrecer sus oraciones matutinas al sol, símbolo de su dios. Tzoumas, Nephon y Antilas permanecían en sus tiendas. «Perezosos», pensó, y elevó las manos a los cielos.

-Bendito seas, Phaos, señor de la mente grande y buena...

Por el rabillo del ojo, vio que Skatval se acercaba, pero no prestó verdadera atención al jefe hasta que terminó de recitar el credo.

-¡Estás vivo! -gritó Skatval como si aquello fuese un crimen imperdonable.

-Pues sí -repuso Kveldulf, sonriendo-. El buen dios me ha protegido una noche más. ¿Soy tan viejo, como para que esa idea te llene de sorpresa?

-Mira a tus compañeros -dijo Skatval, con la mirada fija en él.

-No los turbaré en su reposo -replicó Kveldulf. Tzoumas, en particular, podía convertirse en un oso herido si no dormía todas sus horas.

-¡Míralos! -exclamó Skatval con tanta fiereza que Kveldulf tuvo que obedecerlo.

Fue a la tienda de Nephon, apartó la tela que tapaba la entrada e introdujo la cabeza. Un momento después, la sacó. Estaba pálido y sentía el estómago revuelto. Sus dedos, por su propia cuenta, trazaron el círculo solar de Phaos. Fue a la tienda de Antilas y luego a la de Tzoumas, con la esperanza de encontrar algo mejor, pero en cada una de ellas sólo vio un cadáver retorcido, con el terror grabado de manera irrevocable en el rostro. Se volvió hacia Skatval.

-¿Por qué me has salvado? Preferiría haber muerto junto con mis compañeros.

Sabía que el jefe no era partidario de su fe, pero no imaginaba que su odio llegase a tales extremos como para hacer... lo que había hecho a los videssianos. A su juicio, Skatval parecía ser un hombre razonable. ¿Cuál era la causa de aquello?

Skatval se la dijo.

-Los dioses saben que esperaba que la magia de Grimke también cayera sobre ti, más que sobre cualquiera de los otros. Sin ti, ellos no eran nadie; pero tú sin ellos sigues siendo un enemigo mortal para todo lo que quiero: aún más, puesto que has sobrevivido. Tal vez podría vivir con tu dios, o soportar que mi pueblo lo hiciera. Pero con Phaos traes a Stavrakios, y eso no voy a permitirlo. Huye ahora, Kveldulf, mientras sigues vivo, si es que quieres salvarte.

Kveldulf meneó despacio la cabeza. Sabía que, en parte, Skatval decía la verdad; lo mismo había oído en susurros de los jerarcas videssianos. En un aspecto, la fe de Phaos era el guante en el que se movía la mano del estado

imperial. Si los halogai servían a Phaos, un día podrían llegar a servir también a Stavrakios o sus sucesores.

Pero aquélla no era la parte de la fe de la que bebía Kveldulf. Creía con toda su alma en el señor de la mente grande y buena, creía que otros tenían que creer para salvar sus almas, y creía que la mayoría de sus compatriotas habían tenido el espíritu ciego durante demasiado tiempo, y ya eran demasiados los que padecían eternamente los hielos de Skotos por no haber conocido a Phaos. Que el buen dios lo hubiera escogido para guiar a los halogai a la luz lo llenaba de una santa dicha cono no había vuelto a sentir desde el día en que había visto el semblante de Phaos en el templo de Skopentzana.

Así que meneó la cabeza una vez más y dijo:

-No huiré, Skatval. Te lo dije la primera vez que vine aquí. Puedes matarme, pero mientras respire seguiré glorificando a Phaos entre tu pueblo. El buen dios no espera menos de mí. Es mi escudo, mi protector contra todo mal; si muero aquí, él recibirá mi alma.

Para su asombro, Skatval lanzó una carcajada.

-Puedes seguir al dios de los sureños, pero tienes el alma de un haloga. Somos tozudos, no escurridizos y sutiles como los videssianos. Esos tres sacerdotes muertos en sus tiendas me habrían dicho toda clase de mentiras y habrían tratado de retorcerlas según sus intereses. Esta manera de actuar ha sido útil a Videssos durante siglos.

-No es la mía -se limitó a comentar Kveldulf.

Ya lo veo. -Skatval entornó los ojos, que se volvieron penetrantes hasta atravesar a Kveldulf como dos hojas de hierro templado-. Y por eso, probablemente, sigues vivo. ¡Oh, no niego que esos videssianos servían a su dios...!

-Mi dios -lo interrumpió Kveldulf.

-Dilo como quieras. Lo servían a su manera, pero también servían a Stavrakios. Tú, en cambio, estás tan condenadamente lleno de Phaos que no cabe nada más en ti. Así, tu fe te ha protegido, mientras que la de ellos, más frágil, no les sirvió de nada.

Tal vez sea así -concedió Kveldulf, y recordó cómo Skjaldvor se había burlado de él diciendo que los tres sacerdotes videssianos no guardaban su voto de celibato. Al pensar en Skjaldvor, también recordó su cuerpo junto al suyo y su virilidad creciendo por el deseo, y añadió-: Pero yo no soy ningún hombre santo al que venerarán las generaciones futuras. Estoy tan lleno de pecado como cualquier otro, aunque trato de combatirlo.

-¿A qué hombre se le concede saber en vida cómo lo considerarán las generaciones futuras? -replicó Skatval-. Hacemos lo que queremos y podemos en el tiempo de que disponemos. Entre los hombres, eso debe bastar; sólo los dioses ven cómo se entrelazan nuestros propósitos.

-Por una vez estamos de acuerdo, aunque no en las palabras que has elegido.

Sorprendiéndose incluso a sí mismo, Kveldulf se inclinó ante Skatval, como lo podría haber hecho ante un superior de su iglesia. Comprendió, con mayor claridad que nunca, que el jefe haloga también combatía por un estilo de vida que consideraba correcto. Ello entristeció a Kveldulf, pues siempre había creído que quienes se negaban a seguir a Phaos carecían de cualquier clase de honor. Sin embargo, seguía convencido de que su fe era mejor, y la verdadera.

-Salvo por las creencias que hemos elegido, podríamos haber sido amigos, tú y yo -añadió.

-Quizás, aunque tu indomable honradez te convierte en un hombre peligroso para tenerlo al lado: eres una espada afilada y desenvainada. -Skatval se mesó la barba-. Todavía podríamos serlo, ¿sabes? En vez de exigirnos que renunciemos a nuestros dioses, renuncia a tu Phaos, déjate crecer el cabello y vive el resto de tus días como un haloga..., como lo que naciste.

Kveldulf meneó la cabeza, sorprendido por la tristeza que lo embargaba.

-Pide a mi corazón que deje de latir, antes que exigirme que abandone al señor de la mente grande y buena.

-Si no lo haces, tu corazón dejará de latir -respondió Skatval, tocando la empuñadura de su espada.

-Si así ha de ser, que así sea -declaró Kveldulf, y volvió a inclinarse-. No huiré, no cejaré. Haz lo que quieras conmigo. Mi destino está en las manos de Phaos.

-No quiero matar a un hombre al que admiro; pero, si debo hacerlo, lo haré -suspiró Skatval-. Como he dicho, por tu sangre eres de los nuestros. Son muchos los valientes guerreros, cantados en nuestras sagas, que eligieron la muerte antes que la rendición.

-Recuerdo las canciones de mi niñez -repuso Kveldulf, asintiendo con la cabeza-. Pero la fe de Phaos también tiene sus mártires; videssianos que lo dieron todo por el buen dios, y me sentiré feliz de contarme entre ellos. ¿Quieres darme una pala, Skatval, para enterrar a mis amigos?

Te la daré -dijo Skatval-. Kveldulf...

-¿Sí?

-Cava también una cuarta tumba.

Ataviado con yelmo y coraza, y blandiendo una lanza de color ceniza, Skatval caminó a grandes zancadas hacia la reunión del campo. Media docena de hombres escogidos, igualmente armados, avanzaban detrás de él. Uno también sostenía una cuerda. Kveldulf debió de verlos, pero siguió predicando. Por su actitud, podía parecer que pensaba que iban a unirse a ellos.

Poco después, tal vez avisados por el entrechocar del metal, algunos conversos se volvieron hacia los recién llegados. Ninguno de ellos llevaba cota de malla ni iba armado para la guerra, pero rodearon al sacerdote con sus cuerpos; los que tenían cuchillos, los empuñaron. Skatval apretó los dientes.

Matar al sacerdote era una cosa, pero luchar contra sus compatriotas era algo muy distinto.

-¡Apartaos! -vociferó. No se movieron ni los hombres ni las mujeres-. ¿Sois gorriones que queréis salvar a la cría que el cuco, Stavrakios, ha puesto entre vosotros?

-Es un hombre santo y bueno -repuso Kalmar hijo de Sverre, un buen granjero y no el peor de los hombres.

-Eso no lo niego -replicó Skatval, lo que causó que más de uno de los guardianes de Kveldulf lo mirase con sorpresa. Y añadió-: Eso lo hace más peligroso para todo lo que es nuestro. Preguntadle a él, si no me creéis. -Su voz se hizo más áspera-. ¡Adelante, preguntádselo!

Aunque ninguno de los conversos cedió, se volvieron hacia Kveldulf. El túnica azul clavó su mirada en Skatval. Sin temor, trazó el signo solar y luego apoyó el puño derecho sobre su corazón, en el saludo militar videssiano.

-Skatval dice la verdad -dijo-. Al aceptar al dios de la mente grande y buena en vuestros corazones, no podéis seguir siendo como erais antes. Su verdad disolverá las falsedades que había en vuestro espíritu como el sol del verano funde las nieves de Halogaland.

-Con sus propias palabras se declara nuestro enemigo -vociferó Skatval-. ¿Permitiréis que os convierta en sureños afeminados?

-Kveldulf no es ningún afeminado -afirmó Kalmar con rotundidad. Seguía empuñando el cuchillo, dispuesto a utilizarlo como quienes sabían combatir con espadas cortas. Pero algunos abandonaron el círculo de conversos y se apartaron para ver lo que sucedía a continuación.

-No quiero ver cómo alguien vierte la sangre de su hermano -declaró Kveldulf-. Apartaos; dije a Skatval que no huiría de él. Phaos me recibirá en su palacio. El mundo que me espera es mejor que este donde vivo ahora. Si vuestro jefe quiere enviarme a él, iré.

-Pero, santo señor... -protestó Kalmar.

Kveldulf lo detuvo con un gesto. El hijo de Sverre pronunció una palabra que corrió entre el círculo de conversos. Skatval también la oyó: -¡Vidente! Es un vidente...

Kalmar miró a Kveldulf una vez más, y éste volvió a menear la cabeza. Con los ojos llenos de lágrimas, Kalmar bajó el cuchillo y se apartó. Uno a uno, los demás conversos se movieron a derecha e izquierda hasta que nadie quedó entre Kveldulf y Skatval.

-Lo llevaremos a los árboles y lo ataremos -indicó el jefe a sus hombres.

-No es necesario -replicó Kveldulf. Estaba pálido, pero su voz seguía sonando firme-. Dije que no huiría, y lo mantengo. Cumplid con vuestro deber.

-De la otra forma sería más sencillo, sacerdote -dijo Skatval, titubeante.

-No. No necesito que me aten para demostrar que entregaré satisfecho mi vida al señor de la mente grande y buena; actúo por mi propia voluntad. -

Kveldulf hizo una pausa para inspirar hondo-. Concédeme, sin embargo, un favor cuando haya muerto.

-Si puedo, y si eso no significa hacer daño a los míos -contestó Skatval.

-Guarda mi cabeza en sal, como si fuese una caballa conservada para el invierno, y entrégala al primer navegante videssiano que entre en el fiordo de Lygra. Cuéntale mi historia y pídele que la lleve, que me lleve de regreso a los templos, y que los prelados sepan de mi labor por el buen dios.

Skatval se mesó la barba mientras reflexionaba. Stavrakios podía tomarse la entrega de aquel despojo como un pretexto para declarar la guerra; no obstante, Stavrakios era un hombre que raras veces necesitaba un pretexto si quería luchar. El jefe asintió.

-Será como tú dices; te doy mi palabra.

-Golpea, pues -dijo Kveldulf, y elevó las manos y los ojos hacia el cielo-. Te bendecimos, Phaos, señor de la mente grande y buena, que vigilas...

Skatval golpeó con toda sus fuerzas para dar a Kveldulf un fin lo más pronto posible. La punta de la lanza sobresalió por la espalda del sacerdote, quien siguió rezando mientras se desplomaba. Los seguidores de Skatval arrojaron sus lanzas al cuerpo que yacía sobre la verde hierba. Brotó sangre de la comisura de su boca. Se agitó por última vez, y quedó quieto.

Skatval, cansado, se volvió hacia los conversos que habían presenciado la ejecución.

-Se acabó -les dijo-. Volved a vuestras casas y a vuestro trabajo. Ya habéis visto qué dioses son los más fuertes. ¿Acaso adoraréis a uno que permite que quienes lo aman mueran como cerdos sacrificados? Este Phaos está bien para los videssianos, que sirven a los nobles y al avtokrator como esclavos. Pero a mí dadme un dios que empuje a los suyos a morir combatiendo, como debe hacer un haloga. -Clavó la mirada en Kalmar hijo de Sverre-. ¿O piensas lo contrario?

Kalmar le devolvió la mirada sin vacilar, como había hecho Kveldulf. Al cabo de un largo rato, contempló el cadáver del sacerdote y suspiró.

-No, Skatval; tienes razón -repuso.

Skatval también suspiró, sombrío pero satisfecho. Un murmullo se elevó entre el resto de los conversos cuando oyeron a Kalmar reconocer el poder de los antiguos dioses de los halogai. También contemplaron largo rato a Kveldulf, que yacía sobre el charco de su propia sangre. Un par de mujeres trazaron con gesto vacilante el signo del círculo solar, pero la mayoría de ellos empezó a dispersarse por el campo donde habían estado adorando a su dios. Skatval no sonreía, ni siquiera tratando de fingir. Al cabo de un año, el breve flirteo de su pueblo con Phaos estaría tan olvidado como una canción de verano.

Contento con la forma como se habían desarrollado los acontecimientos, ordenó a un par de seguidores:

Vasa, Hoel, agarradlo de los tobillos y arrojadlo al agujero que cavó. Pero cortadle la cabeza antes; una promesa es una promesa.

-Sí, Skatval -asintieron al unísono, con más respeto que nunca; casi con tanto respeto como si fuera Stavrakios de Videssos, único avtokrator de un poderoso imperio, y no Skatval el Enérgico de Halogaland, uno entre una treintena de pequeños jefes guerreros. La sensación de poder, fuerte y dulce como el vino del sur, le hinchó el pecho y puso orgullo en sus pasos mientras regresaba a su caserón.

Pero, cuando Skialdvor vio la brillante sangre que manchaba su lanza, se echó a llorar y cruzó corriendo el jardín hacia el bosque. Skatval la observó y se rascó la cabeza. Luego sumergió varias veces la punta de hierro de la lanza en la tierra para limpiarla, y la secó con un trapo para que no se oxidara.

-No hay quien entienda a las mujeres -gruñó.

Apoyó la lanza contra la pared de su caserón, abrió la puerta, y saludó con un movimiento de cabeza a Ulvhild, su esposa.

Ya estoy de vuelta -dijo.

Librodot